

La lectura tridimensional o el nuevo 'saber leer'

J. A. MARTÍN-PEREDA

En un libro publicado a finales del pasado año, *Screening History*, Gore Vidal planteaba, entre muchos otros temas, el hecho de que él consideraba básico introducir el cine, o su prima hermana la televisión, entre los métodos que —ineludiblemente— habrían de adoptarse en los próximos años para la enseñanza, a todos los niveles, de cualquier rama del conocimiento humano.

Su aproximación al tema no era entusiasta y, de hecho, mostraba un ligero tono de escepticismo crítico, y a veces cínico, sobre las ventajas de esta enseñanza. Gore Vidal se consideraba de otra generación, como nos consideramos muchos de los que seguimos creyendo en el valor de la letra impresa, y era, por tanto, partidario a ultranza de la lectura como fuente de información general.

Pero veía necesario que las futuras generaciones se iniciaran en el cambio. En lugar de recibir —como hasta ahora— la información de manera lineal (escrita), lo hiciese en paralelo (audiovisual). Esto debería ser algo análogo a cuando en China, India, Persia o Grecia se pasó de la tradición oral a la escrita.

Gore Vidal se quedó corto en su apreciación del tema, porque no consideraba al ordenador como parte de ese cambio. Lo que se ve en las pantallas del cine o de la televisión puede repercutir de manera inmediata sobre el conocimiento de determinados campos del saber humano: la historia, el arte e, incluso, la ciencia. Pero lo que se conoce a través de la pantalla del ordenador puede determinar, si se es capaz de hacerlo, la información que se tiene acerca de un gran número de hechos.

A modo de ejemplo, el análisis correcto de una base de datos puede proporcionar detalles sobre factores ajenos, en principio, a lo que parecían ofrecer los datos. Así, del realizado a través de la evolución de artícu-

los científicos y técnicos publicados en un determinado campo, durante un periodo más o menos largo, pueden extraerse conclusiones —en un principio— tan ajenas a ellos como pueda ser el interés de los Departamentos de Defensa en ciertas áreas, o la indiferencia de la industria hacia otras, y si existe colaboración entre grupos o son entornos aislados.

Si del análisis de lo que se tiene es posible inferir hechos concretos que están ocultos bajo una primera mirada, del obtenido a partir de cómo evolucionan las herramientas que soportan la actividad informática se puede llegar a determinar cuál es la situación socioeconómica del momento considerado. Lo que es más importante aún: cuál es el sentimiento de la sociedad hacia los productos a los que puede tener acceso.

Parece que la época de las grandes máquinas, de uso general, está entrando en una fase donde el empleo de éstas es distinto al de hace unos años. También lo están haciendo la de las grandes compañías que soportaban generosos desarrollos para inundar el mercado de aparatos cada vez más sofisticados, pero que sólo hacían lo mismo que las generaciones precedentes, aunque de manera más rápida y con alguna nueva prestación.

Ahora se pretende conseguir cosas distintas con tecnologías usadas y comprobadas en otros campos. Es usar el microprocesador 386, que no se emplea en los nuevos ordenadores que salen al mercado, porque se dispone del 486, en otros entornos donde puede ser útil.

No ha habido desarrollos nuevos, ni se ha planteado desecharlo, por inútil, aquello que no servía para el fin que había sido creado. Se ha pensado que es mejor emplearlo en otras cosas, aunque pueda ser en la humilde lavadora casera. Comienza la etapa en que se aprovecha lo que se tiene y finaliza la del desarrollismo incontrolado.

Al mismo tiempo, las pequeñas compañías empiezan a tener una nueva razón de ser: avanzar en planteamientos estratégicos que las grandes no pueden secundar debido a la inercia que posee su maquinaria. Una reducida empresa, con no más de 50 empleados, puede desarrollar productos que satisfagan la demanda inmediata de un mercado que los quiere ahora y no puede esperar a mañana. Son productos puntuales, quizá de carácter coyuntural, que en un año dejarán de fabricarse. Para una gran empresa esto carece de interés, y no se molestará en lanzarse hacia algo tan efímero. Pero una pequeña sí puede, porque en el mercado de *hardware* y *software* hay a la venta una amplia variedad de productos que sólo esperan la voz del fabricante imaginativo que le diga "levántate y anda".

Si, de ese mercado cambiante se pueden extraer muchas consecuencias. Es como una nueva fuente de información. Nada de ello está escrito en libros. No hay académico que lo estudie a la luz de teorías conocidas. Pero sus consecuencias son tan importantes como las que se leen en los tratados y se analizan en las aulas. Para saber de ellas es preciso iniciar la tarea de aprender a informarse con técnicas nuevas. No como la lectura en serie, o en paralelo de la imagen audiovisual. La nueva técnica se basa en la *lectura tridimensional*: hechos, productos y datos; todo de forma conjunta. Como es obvio, no sólo es válida la información que se extrae de la informática. También puede serlo la que se deriva de otros entornos. Pero en todo caso es necesario saber leer en la nueva forma. Aunque es posible que muchos sepan leer así desde hace bastante tiempo.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.